


**Mis amores
y otros animales**
PAOLO MAURENSIG

Traducción de Mónica Monteys

gatopardo ediciones 

Título original: *Amori miei e altri animali*
De la edición italiana original:
Copyright © 2014 by Giunti Editori S.p.A., Firenze-Milano
www.giunti.it

© de la traducción: Mónica Monteys, 2016
© de esta edición, 2016:
Gatopardo ediciones
Rambla de Catalunya, 131, 1^ª-1^ª
08008 Barcelona (España)
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2016

Diseño de la colección y de la cubierta:
Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:
New York City, 1965
© Joel Meyerowitz
Cortesía de Howard Greenberg Gallery

Imagen de interior:
Paolo Maurensig con su gato *Felix*

© Fotografía de Angelo Fanutti

Imagen de la solapa:

© Fotografía de Cecilia Lascialfari

ISBN: 978-84-944263-7-7

Depósito legal: B-29363-2015

Impresión: Reinbook Impres, S.L

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Paolo Maurensig con su gato *Felix*.

*Ayudarte será difícil. Sobre todo no me plantes
en tu corazón. Crecería demasiado deprisa.*

RAINER MARIA RILKE

INTRODUCCIÓN

En la actualidad, los animales de compañía han adquirido unos derechos que hace tan sólo unas décadas habrían resultado impensables. No hay revista que no contenga una sección dedicada a nuestros simpáticos animales, se publican noticias de perros y gatos adorados o maltratados, anuncios de diversas asociaciones que apelan al buen corazón de los lectores para que les procuren un techo o un hogar. Actores, políticos y personajes famosos se prestan a fotografiarse en compañía de sus mascotas, e incluso en televisión la presencia de un cachorro hace aumentar la audiencia. Los amantes de los animales continúan manifestándose en contra de las prácticas aberrantes e inútiles de la vivisección, protestan en contra del exterminio de los perros callejeros, el tráfico ilícito, el abandono y el maltrato. Paradójicamente, en Occidente hay penas más severas para quien maltrata a un perro que en el Tercer Mundo para quien viola a una niña.

Los animales son para el hombre una especie de piedra de toque y un vínculo con el resto de lo creado. Pese a diferenciarse de nosotros, se nos parecen, puesto que surgen de esa eterna fragua que es la vida, donde la naturaleza los ha forjado como prototipos de la humanidad. Desde los reptiles hasta los mamíferos, representan los experimen-

tos que se han llevado a cabo en los bancos de prueba de la evolución, y es a su «sacrificio» a lo que le debemos nuestra propia existencia. Si en el mundo no hubiera animales, padeceríamos las condiciones propias de un desamparado sin pasado, de una humanidad sin historia, estaríamos más solos y perdidos en el universo de lo que ya estamos. Se dice que lo que nos distingue de los animales es el don de la palabra, y en una época en que la comunicación se impone (poco importa si ésta se reduce a monosílabos), su silencio nos perturba. Si en la mirada soñadora de un gato se reflejan las profundidades insondables del espíritu, en aquella más vivaz de un perro advertimos nuestras imperiosas necesidades terrenales. ¿Son ellos los depositarios de la verdadera sabiduría? De hecho, nos hacen tomar conciencia del tiempo que desperdiciamos encerrados en cajas repletas de fútiles maravillas y de cuán pobres son nuestras experiencias. Acostumbrados como estamos a dar por buenos los objetivos y las prioridades de los demás, acabamos por alejarnos del verdadero significado de la existencia, como en aquel juego de salón donde una frase, a fuerza de ir de boca en boca y de susurrarse al oído, acaba siendo otra completamente distinta.

Desde hace decenas de miles de años, algunos animales se han incorporado a la expedición terrenal avanzando, paso a paso, junto al hombre. Y cuando éste pierde el sentido de lo que busca, son ellos los que le recuerdan que el fin primigenio de la vida es la búsqueda de la felicidad.

**DONDE SE HABLA DE UN GATO TORPE, Y
DE LOS INTENTOS DE ACERCAMIENTO
A UN PERRO FIERO Y A OTRO AL QUE, EN
CAMBIO, LE GUSTABA EL AJEDREZ**

Si es cierto que nuestra personalidad puede representarse mediante un tótem compuesto por animales que simbolizan las cualidades formativas del carácter, en el mío, entre infinidad de híbridos y quimeras, sin duda está también el gato. O, por lo menos, lo estuvo durante mi infancia.

El primer animal con el que nos socializamos de pequeños suele ser el gato. Es el dibujo que se enseña en el parvulario antes que ningún otro, el más simple: basta con dos círculos superpuestos, uno grande y otro más pequeño, a los que les añadimos dos triángulos para representar las orejas y una S para la cola, y ¡listo! ya tenemos la silueta de un gato sentado.

Cuando era niño sentía una admiración desmedida por este pequeño felino doméstico. Su agilidad, el equilibrio, la capacidad de trepar a los árboles, y la increíble facultad de ver en la oscuridad, lo hacían a mis ojos un animal mágico. El gato era el dueño de la casa, tenía libre acceso a todas las habitaciones, dormía donde le venía en gana (con frecuen-

cia en la cama de matrimonio) y, salvo mantener a raya a los ratones, no tenía otras tareas domésticas. En aquellos tiempos, el sindicato canino soñaba con conquistar determinados derechos adquiridos por el gato.

Uno de esos gatos realmente privilegiados era el de mis tíos, que vivían en el campo y criaban conejos y ocas. En invierno, aquel hermoso gato romano que, dada mi estatura, me parecía gigantesco, entraba en la leñera que se hallaba junto a la casa. Empujaba el borde de la tapa con el hocico hasta que conseguía introducir la cabeza y luego deslizaba hacia el interior el resto del cuerpo. Para salir realizaba la misma operación, pero un día no consiguió retirar la pata a tiempo y la tapa se la aplastó. Recuerdo que lo vi cojear durante un tiempo, pero acabó por curarse. Mi tío decía que los gatos tenían siete vidas, sin embargo lo que era la vida yo aún no lo tenía claro.

De pequeño también me gustaba trepar a los árboles y en mi mundo imaginario me habría gustado ser un gato. Sin embargo, cuando un día oí que mi tío decía de mí «trepa como un mono», me ruboricé. ¿Un mono?, mi tío debería haber dicho gato, gato y no mono. ¡Imperdonable por su parte!

Más tarde, en el primer curso, me las apañé para que me llamaran por el apodo que yo deseaba. Le confesé a mi compañero de pupitre, conocido por ser poco de fiar a la hora de guardar un secreto, que lo que más detestaba era que alguien me llamara «gato». Al poco, en clase, todos empezaron a llamarme «el gato», mientras yo, fingiendo estar contrariado, sonreía bajo los bigotes o, mejor dicho, las vibrisas.

En lo más profundo de mi memoria infantil aún persiste el recuerdo de dos accidentes mortales que les ocurrieron a unos gatos de casa. Conservo vagamente la ima-

gen de un gatito gris arrastrándose por el suelo con las patas delanteras, dejando tras de sí un reguero de sangre. Al intentar cruzar de un salto el umbral de una puerta que estaba cerrándose, quedó atrapado por el batiente, que le rompió el espinazo. Veo a mi padre (mejor dicho su silueta) metiéndolo en una caja de zapatos y salir de casa anunciando que lo llevaba al veterinario. Y luego otro episodio aún peor: un día caluroso de agosto recibimos la visita de una corpulenta señora, cliente de mi madre, que en aquella época cosía en casa. Entró apresurada en nuestra cocina, resoplando, sudorosa, y de improviso se dejó caer con todo su peso sobre una silla, donde, acurrucada como un mullido cojín de plumas, dormía nuestra gata embarazada. Cuando pregunté dónde estaba la gata, me dijeron que muerta.

Un año más tarde me dijeron lo mismo de mi padre. Tenía cinco años y me imaginaba la vida como una larga cinta de color verde brillante; la muerte no sabía en realidad cómo imaginármela, ni siquiera hoy lo sé.

Vivíamos en Gorizia, conocida tiempo atrás como la «Niza austríaca», adonde el emperador Francisco José iba a veranear. Sin embargo, la pequeña ciudad había quedado tras el conflicto bélico completamente desmembrada y con las demarcaciones redefinidas, pues gran parte de la provincia, integrada en la posterior Yugoslavia, había quedado dividida en dos por el Telón de Acero, que en determinados puntos atravesaba zonas enteras de la ciudad.

Durante los primeros años de la posguerra, mi padre consiguió abrir una pastelería. Pero después de su muerte, el negocio atravesó cada vez mayores dificultades hasta que conseguimos venderlo sin beneficio alguno para nosotros, salvo el de ver saldadas las deudas acumuladas e

impedir así nuestra ruina. Si bien a aquella edad no me daba cuenta, vivíamos tiempos muy difíciles. Después de haber sufrido un desahucio, mi madre, mis hermanas mayores y yo nos mudamos al primer piso de una casa, cuyas ventanas daban a una vieja fonda. En el patio interior de aquel tugurio había por lo menos una docena de gatos de diferente tamaño y color, pero, a pesar de su presencia, una enorme rata pasaba a veces furtivamente ante su indiferente mirada. Tan sólo de vez en cuando se divertían haciendo pedazos a alguna. Y había también una urraca domesticada que se creía dueña y señora y saltaba en medio de las mesas, donde en verano los clientes tomaban el fresco bajo una pérgola. Y cuando la propietaria llevaba la comida a los gatos, la urraca se arrojaba brutalmente sobre ellos, dispersándolos para poder apropiarse de los mejores bocados. Por último, atado a una cadena que se deslizaba a lo largo de un cable tensado, había un viejo setter de pelo ralo que se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo en su caseta.

En aquella época, los perros no me suscitaban ningún interés, quizá porque los veía relegados al último escalafón de la jerarquía doméstica: rabiosos guardianes con frecuencia confinados en un espacio reducido y obligados a pasar la noche al raso, incluso en lo más crudo del invierno. Casi siempre se trataba de animales cascarrabias y gruñones de los que yo procuraba mantenerme apartado.

No obstante, hubo un primer intento de acercamiento a un perro, del que aún hoy conservo un claro recuerdo.

En los primeros años de la posguerra, la urbanización era escasa, la periferia inexistente y la ciudad se asomaba directamente al campo abierto. La casa más próxima a la nuestra era una de labranza, donde vivía un niño de mi edad con quien yo jugaba habitualmente. Todos traba-

jaban en el campo, y en la vivienda, además de nosotros dos, se quedaba a veces el abuelo, que se ocupaba del taller de carpintería que había acondicionado en un rincón del almacén donde se guardaban los carros agrícolas. Era un hombre que rondaba los ochenta, enjuto, bronceado, de pocas palabras. Recuerdo que me infundía cierto temor. En la era, no muy lejos de la verja de entrada, con la intención de que ningún extraño pudiera escapar a su control, estaba de guardia *Rolf*, un robusto perro, una especie de Cerbero atado a una cadena. Era un animal muy peligroso y ninguno de los familiares osaba acercársele. Sólo el abuelo podía hacerlo sin correr el riesgo de ser atacado. No cuesta imaginar entonces cómo eran recibidos los de fuera. Siempre que yo entraba comenzaba a ladrar furiosamente, tirando de la cadena con la pretensión de romperla, hasta que el abuelo le ordenaba que parara. Únicamente cuando oía la voz del amo se calmaba, para terminar retirándose cabizbajo a su caseta. Un día entré en la era y, al no ver a nadie, me dirigí a la verja opuesta, la que daba a los campos. Quería llamar a mi amiguito y no me di cuenta del peligro que corría. Hasta que no me encontré en medio del patio desierto, no reparé en la ausencia del perro: la cadena yacía apoyada sobre la caseta y de su extremo colgaba, suelto, el collar. Y entonces vi asomar la silueta de *Rolf* detrás de una pila de leña: las orejas tiesas, el lomo erizado..., ya estaba tomando impulso. No cabe duda de que intenté huir, porque recuerdo que caí de bruces y me encontré con la cara aplastada en la grava y la bestia enfurecida sobre mi espalda. Me acurruqué, pero cuando estaba ya a punto de morderme en la nuca, sentí de pronto que algo me liberaba del peso que me mantenía oprimido contra el suelo, a la vez que una voz me gritaba: «¡Corre, corre, corre!».

Me puse en pie y comencé a correr hacia la verja de la entrada, por lo que apenas pude ver cómo el abuelo, aga-

rando al perro por el cuello, intentaba retenerlo con todas sus fuerzas para que yo tuviera tiempo de ponerme a salvo.

Estoy seguro de que sin su proverbial intervención no estaría yo ahora aquí para contarlo. Al tratarse de un episodio que pertenece a mi primera infancia su recuerdo se conserva intacto y, si bien sucedió en un instante, la duración de aquel trance se ha agrandado de tal manera que, todavía hoy, me permite verlo a cámara lenta. Ese incidente, sin embargo, no me causó ningún trauma. Y nunca en mi vida he tenido miedo de los perros, aunque me acerco a ellos con mucho reparo.

Otro perro vinculado a los recuerdos de mi infancia y, de una manera un tanto particular, también a mi iniciación en el ajedrez, pertenecía a un barón austríaco que se casó con mi prima. Vivían en una vieja villa en la calle principal, que desde la estación llegaba hasta el centro de Gorizia. En las vacaciones de verano, yo jugaba con sus dos hijos, que tenían más o menos mi edad. A menudo se unía el perro, un schnauzer gigante de color gris. Convencido también él de poseer un cuarto de nobleza, no se mostraba demasiado participativo y, al cabo de un rato, se alejaba para hacer un aparte y observarnos.

En el primer piso había una gran sala cuyas ventanas daban al jardín florido. En los días de lluvia, cuando no se podía estar al aire libre, nosotros, los niños, nos refugiábamos en aquella habitación para entretenernos con los diversos juegos de mesa que había guardados en un gran armario empotrado. Y allí dentro estaba también el ajedrez, que mis primos solamente se atrevían a coger de la estantería cuando su padre no estaba en casa. Puesto que ignoraban las reglas del juego, movían aquellas figuras como si fueran soldados de plomo, y el tablero, un campo de batalla.

Un día en que un repentino aguacero nos obligó a entrar corriendo en casa, subimos a la planta superior y nos encontramos al barón jugando una partida de ajedrez con un amigo. Con gesto autoritario, el barón nos hizo callar. Atemorizados, mis primos se retiraron a un rincón de la sala, mientras que yo me aproximé a hurtadillas para observar el juego de cerca. Sentado a su lado estaba el schnauzer, que mostraba por el juego un insólito interés (sólo después descubrí por qué).

El barón me daba la espalda, estaba inclinado hacia delante, con la camisa tirante en su torso robusto, y se acariciaba la punta de la barba en una actitud de profunda reflexión.

No supe la suerte que había corrido aquella partida, pues en un momento dado los dos adversarios comenzaron a mover las piezas en el tablero mientras comentaban jugadas y posiciones que sólo ellos eran capaces de comprender. No conseguí saber quién de los dos había ganado, pero me pareció que el barón estaba de pésimo humor.

Fue él quien me enseñaría después las primeras nociones. Sólo tenía ocho años, y una década más tarde retomaría el ajedrez para no abandonarlo jamás. Aún hoy recuerdo aquella época en la villa, el repiqueteo de la lluvia sobre las relucientes hojas de un magnolio que se veía a través de las ventanas, mientras el barón se mesaba la punta de la barba grisácea y meditaba su siguiente jugada. Y recuerdo un detalle curioso: jugábamos en un precioso tablero antiguo, de cuero, y las figuras del ajedrez estaban finamente torneadas en un material parecido al marfil. Faltaba sólo una pieza: una torre blanca había sido sustituida por un pedazo de madera, que parecía un mendigo invitado a la corte. Pues bien, nunca le dije al barón que vi a su perro enterrar un hueso, roído como el corazón de una manzana, exactamente igual que aquella torre que faltaba.